

BIBLIOGRAFIA

res analíticos del pasado" (página 14).

Hay libros que se acreditan por los contenidos que encierran en sí mismos; otros, por las sugerencias que se desprenden de sus planteamientos. "¿Qué es la autoridad?" es de estos últimos. El autor declara que constituye sólo una aproximación al tema, y que espera concluirlo posteriormente, llegando a un axiomatismo definitivo. Aunque no llegue esa obra final, el presente estudio, con todo lo que tiene de preliminar y de tanteo, constituye ya una fecundísima aportación al trabajo filosófico. Falta ahora que alguien recoja el guante y continúe la tarea que se ha incoado. Para ello es preciso primero poseer la misma convicción de Bochenski de que la lógica formal actual representa un avance intensivo y extensivo sobre la lógica tradicional, y que ambas no son, en suma, otra cosa que la lógica natural debidamente analizada y explicitada.

Esto es lo que ha permitido realizar una obra cuyos méritos podrían sintetizarse en la idea que cierra el prólogo. Citando a Aristóteles en los *Elencos Sofísticos*, cuando declara que su *Lógica* ha sido elaborada totalmente por él, pues antes, "de hecho, no había absolutamente nada" (34, 83b, 17-35), declara Bochenski que él mismo "está tentado a hacer suya esta afirmación, que ciertamente, no es modesta. Cree haber trabajado en un terreno que hasta ahora apenas había sido explorado" (pág. 14).

FRANCISCO ALTAREJOS

CHOZA, Jacinto, *Conciencia y afectividad (Aristóteles, Nietzsche, Freud)*, EUNSA, Pamplona, 1978, 321 págs.

"Este estudio se ha desarrollado en forma comparativa con la esperanza de obtener los hallazgos originales de cada uno de esos pensadores y mantenerlos en una integración congruente, sin pérdidas de verdad, con objeto de poner de manifiesto el carácter unitario del saber sin atentar contra la unidad del pensamiento filosófico. Podría decirse que esta es la utilidad y la necesidad de los estudios comparativos: articular unitariamente las dos grandes tradiciones filosóficas, la clásica y la moderna, para restaurar la unidad de la filosofía, a pesar de la heterogeneidad temática y metódica, que a primera vista puede hacer aparecer como insalvable la discontinuidad de ambas tradiciones" (p. 314).

Sobre estas palabras, pertinentes a la última página del libro de Jacinto Choza, se podría decir que afirman demasiado sobre los estudios comparativos y demasiado poco sobre el propio estudio. Demasiado sobre los estudios comparativos en el sentido de que hay útiles estudios de tal índole que no se atreven con la ardua tarea de la comparación entre las dos grandes tradiciones filosóficas, como ha hecho Choza, y demasiado poco sobre el propio estudio por que en él hay algo más que una restauración de la unidad de la filosofía —lo que no es poco—: el lector de este trabajo ve —para decirlo con una expresión

BIBLIOGRAFIA

que gusta al autor— *incrementado su saber*, al terminar de saborear las páginas que en estupendo castellano nos ofrece este libro.

Ni fáciles analogías ni superficiales concordancias atraen el interés del autor, pero tampoco la tan manida contraposición entre dos mundos diferentes e inenlazables: el clásico y el moderno. Una especial sensación de alivio subjetivo y de verdad objetiva se experimenta al ver que para nada se juega con la categoría de *superación*, el gran ídolo de los estudios históricos y comparativos hoy al uso. Por el contrario, Choza descubre una misma temática e intereses fundamentales en pensadores de muy diversas tradiciones y pretende comparar por el grado de *profundización*, categoría que permite, por su referencia a la principalidad, descubrir la congruencia o incongruencia de las teorías de los diversos autores. La temática es la misma —en este caso, el significado del deseo—, pero cada uno cala en ella de modo diverso. Lo que hace falta ver es el alcance y coherencia internas del planteamiento de cada filósofo.

El libro se centra sobre la temática del *deseo* y la estudia en Aristóteles, por la tradición clásica, y en Schopenhauer, Nietzsche y Freud por la tradición moderna. Hay un indudable acierto en la elección de los personajes. Aristóteles es la gran figura que aporta material de interés al tema en la tradición clásica y la triada Schopenhauer-Nietzsche-Freud, lo son en la moderna. Con respecto a

esta triada es interesante observar que si la relación Schopenhauer-Nietzsche es un lugar común de la historiografía moderna, no lo es, en tan gran medida, la ligazón de ellos dos con Freud o, mejor, de Freud con ellos dos. Que Schopenhauer sea el sillar filosófico sobre el que se asienta Freud es algo que Choza —siguiendo la indicación de E. Cassirer— muestra con lucidez, así como la intensidad del influjo del Nietzsche de los dos primeros periodos sobre el médico vienés. Contemplamos, en este sentido, una “desmitificación” del fundador del psicoanálisis. Recientemente, O. Marquard ha hecho notar la profunda relación que media entre Schelling y Freud, pero esto no es de extrañar dadas las, a su vez, conocidas similitudes entre Schopenhauer y el “último” Schelling.

El estudio del deseo lo lleva a cabo Aristóteles desde una perspectiva ética, mientras que los autores modernos lo hacen desde la perspectiva biosociológica. Esto quiere decir que para el primero, la “*physis*” del deseo tiene como destino su superación en el “*ethos*”, mientras que los segundos más bien reducen el “*ethos*” a “*physis*” del deseo. Esto podría hacer sospechar que el inmoralismo es consecuencia automática de esta segunda posición, pero Choza muestra bien que, dado que la única realidad verdadera es para estos autores el *deseo* y éste no siempre se alcanza, pues se ve obstaculizado por “prejuicios” religiosos y metafísicos, reaparece el *deber* de hacerse

BIBLIOGRAFIA

cargo de la propia verdad existencial humana. Es posible, pues, una cierta moral dentro de lo que, para Aristóteles, sería falta de moral. ¿Por qué falta de moral? Porque el autor griego considera que el destino último de la acción humana es alcanzar la *plenitud*, y que ésta no es lograble en términos de puro deseo, sino a través del "ethos", en el que juega papel principal la *virtud* y la felicidad mediante ella alcanzada. El placer no es nunca, para Aristóteles, un fin en sí, sino un efecto concomitante a toda acción. Por ello, las acciones más "altas" producen placeres más intensos. La actividad más alta es la intelectual, de donde se deduce que el hombre la desea de modo natural y que, al realizarla, encuentra el mayor grado de satisfacción.

La unidad substancial del ser humano, unificado por el alma racional, tiene por efecto que ninguna acción sea de suyo irracional, pero la universalidad de posibilidades que capta el intelecto, a la vez que la "lejanía" del vegetativo con respecto a la parte racional del alma, hacen que sea posible el *conflicto* y las acciones singulares contra razón. Así Aristóteles es capaz, desde su perspectiva, de explicar congruentemente los cuadros clínicos psicopáticos y la posibilidad de su curación.

¿Se da la misma congruencia en la explicación de los autores modernos? Chozza muestra el círculo vicioso en que éstos caen. Por supuesto, se postula la radicalidad y primacía del deseo que es, sobre todo, deseo sexual. Como consecuencia, la

inteligencia, los procesos cognoscitivos, son algo derivado y no primordial. Ahora bien, este planteamiento conduce a graves dificultades explicativas. El conflicto ya no puede provenir del enfrentamiento entre la universalidad de la razón y la singularidad del deseo. El conflicto ha de fundamentarse entonces, principalmente, sobre el deseo mismo. Como consecuencia se pone el acento en la caracterización de éste y se dice que lleva a la frustración (Schopenhauer), que es voluntad de poder y por ello emplea la astucia de predicar la humildad y las virtudes (Nietzsche) o que se ve reprimido a través de su misma genética (Freud). Todas estas explicaciones resultan prolijas y poco claras, pero lo más grave, como pone de manifiesto Chozza, y lo que produce el círculo vicioso, es precisamente la determinación del deseo —de cualquier forma que se le caracterice— como realidad radical. Al hacer esto, como ya quedó dicho, la *razón* pasa a ser algo derivado. Pero entonces se plantean con toda agudeza dos preguntas: a) ¿Cómo es posible que algo derivado pueda caracterizar verdaderamente a la realidad radical? Menester es declarar a ésta irracional —el deseo como más allá de la razón y "más real"—, mas, una vez hecho esto, ¿con qué derecho puedo pretender *caracterizar* al deseo? b) ¿Cómo solucionar el problema terapéutico? Aquí la paradoja alcanza su máxima agudeza. Para curar los conflictos es menester conocerlos y conocer su naturaleza, pero entonces la instancia curativa es la

BIBLIOGRAFIA

razón y pasa, por tanto, a ser primordial, cuando se la había caracterizado como secundaria.

En último término, el círculo vicioso consiste en que es la razón la que postula un determinado tipo de deseo como primordial y luego se rinde ante él. Lo primordial postula como primordial un otro de sí mismo.

Choza —a través de su análisis de Aristóteles— muestra cómo todo el origen de los equívocos se encuentran en la pérdida, por parte de los autores modernos, del *principio de realidad*. Este se encuentra en el “nous” y, por ello, la teoría tiene prioridad sobre la praxis. Con toda coherencia vuelve Choza, desde estos principios aristotélicos, a poner las cosas en su sitio en el orden de las ciencias. Negada la primacía de la *razón teórica* ha de establecerse como ciencia suprema la hermenéutica. Esto sólo se puede evitar, y de un modo inconsecuente, por una verdadera profesión de fe en el positivismo científico (Freud). Choza muestra cómo la hermenéutica es válida, pero no como ciencia suprema: ha de retrotraerse a su campo propio, que es el de la lingüística, retórica, política, etcétera.

Sin temor a exagerar se puede decir que este libro abre una nueva vía en este campo de investigación y contribuye a iluminar verdades fundamentales que están hoy día oscurecidas no sólo por mitos científicos, sino por verdaderos “tabús” sociales: Nietzsche, Freud, el psicoanálisis.

RAFAEL ALVIRA

DOMINIAN, Jack, *La autoridad*, Editorial Herder, Barcelona 1979, 172 págs.

El subtítulo dice que se trata de una “interpretación cristiana de la evolución psicológica del concepto de autoridad” pero el estudio no es sobre el concepto de autoridad en sí mismo, sino en el desarrollo psicológico de la personalidad. Por esto, y por más motivos no guarda ninguna relación con el libro de J. M. Bochenski aparecido simultáneamente en la misma editorial y que se reseña en estas mismas páginas.

Basado en la experiencia clínica del autor, todo el análisis psicológico viene determinado por el resultado que se va a exponer al final: el concepto de autoridad como servicio; servicio que se fundamenta en el mandamiento del amor cristiano.

Con este planteamiento es natural que todo se reduzca a pura descripción de hechos psicológicos y de situaciones sociales e históricas. Respecto a los primeros, la referencia tomada es la psicología evolutiva de P. Piaget y de E. H. Erikson y la teoría conductista del aprendizaje de R. R. Sears, aunque el uso que se hace de cada uno de ellos es desigual. En cuanto a las descripciones de situaciones sociales y procesos socio-históricos, dejan mucho que desear las explicaciones causales; así cuando explica las causas que han determinado el —a juicio de Dominian— retraso de la Iglesia católica respecto al enjuiciamiento del binomio autoridad-